

## HOMBRE INVADIDO

*En memoria de ese verdadero y desaparecido amigo:*

*Guillermo Chandía.*

Vengo en bus y miro el paisaje. Todo eso. Y el movimiento del vehículo, adormeciéndome. Y ese olor insoportable, de siempre. El hedor que viene del puerto y de las pesqueras cercanas y que viene también, del pequeño canal al lado de la carretera.

El bus viene lleno.

Mi asiento es el único que lleva un espacio disponible y una mujer que acaba de subir, antes de sentarse a mi lado observa todo y, viendo que en realidad, no tiene otra alternativa, determina por fin, sentarse a mi lado.

Es hermosa, y me gustaría hablarle. Preguntarle algo, conocer su voz, algún detalle de su risa. Saber de alguno de sus gestos más queridos. Es una mujer hermosa, y sin embargo no me ve.

Pero, ¿será realmente eso? ¿Será que no me ve o es sólo ésta sensación mía, mi timidez? Todas las noches me levanto a eso de las tres o cuatro de la madrugada, plagado de inquietudes extrañas y malos sueños. Y mientras permanezco despierto, procuro traer conmigo sensaciones más agradables que hayan estado conmigo durante el día, como el rostro de esta misma mujer que va a mi lado. Con sus ojeras

EL HOMBRE INVADIDO

excesivamente azules y los pezones dolorosamente rojos. Y que, por cierto y a pesar de su desconfiado gesto al sentarse a mi lado, abre delicadamente el siglo que viene, igual que los labios de su sexo.

En fin, ya viene Concepción. Y dejamos atrás una ruma de postes que fueron frondosos árboles. Dejamos la Santísima Universidad Católica, la más cara del país. El hospital de seguridad laboral y la forestal, como símbolos destructores y prepotentes. El cerro cortado en dos, y, sin darme cuenta, empecé a llorar. Un llanto que no entiendo de dónde y, sin embargo, hacía tanto tiempo que no lloraba, hacía tanto tanto tiempo.

Al descender del bus, caminé hacia la esquina de costumbre, y ahí, como siempre con los mismos detalles y lo que no se ve. Desde esa pequeña avocilla hasta el pasto medio seco, movido incesantemente por una extraña y leve brisa.

Me detuve un momento. Aquel pasto se encuentra allí desde antes de esta humanidad de asfalto y concreto. Igual que el vendedor de confites y hasta ese kiosco de periódicos e incluso ese rayado contra alguien que se merece lo que allí se dice. El asfalto sucio, y es el aceite, son las frenadas bruscas.

El lugar es una casa de madera vieja y la puerta ya se cae, igual que los vidrios quebrados. El timbre, y una mujer de edad que me conoce y me deja pasar.

No ha llegado todavía. Pero, pase. Tome asiento y espere un ratito, me dice. Le dije que habíamos quedado de juntarnos a esta hora, más o menos. Sí, me dijo. Pero, a veces se demora un poquito. Cualquier cosa lo detiene un poco. Usted, sabe.

EL HOMBRE INVADIDO

Las paredes viejas, descascaradas. La escalera deprimente y Neruda que cuelga de un clavo. La mujer, que además vende bebidas, me mira desde hace un rato. Estoy seguro de que quiere que le compre algo, y yo apenas para mis pasajes.

Sonrío.

En la pared, algunos otros afiches. Más pequeños, por cierto. La Mistral, y hasta unos de Chaplín y de Fellini, que son los que más me gustan: Fellini aparece con un traje negro, un brazo a la cintura y el otro, colgando a un costado, mientras sus pies parecen bailar una de esas extrañas melodías, un tango, un vals, tal vez. Una nube de humo le rodea, alguien que fuma detrás de él y un par de arbustos pequeñísimos y algo, algo que parece un edificio. Ese aire extraño en el ambiente, ese aire triste, quizás. Pienso que sus movimientos corresponderían a un paso de jazz. Y ahí me quedo un rato, me gusta más así. Chaplín, como siempre.

Tomo una revista vieja y polvorienta, desde un montón sucio. Un APSI, y allí tropiezo con una foto que me recuerda a alguien. Es una mujer de rostro muy hermoso y sensual. Deje la revista sobre el montón y me distraigo pensando en lo de ayer. No fue un día bueno, tampoco el de hoy. La mujer de las bebidas, que no aguanta más, y me pregunta si quiero comprar algo.

No, gracias, le digo.

Tengo galletitas, chocolates, confites.

No, no, gracias.

¿Algún sanguchito?

No.

EL HOMBRE INVADIDO

Me levanto, impaciente. ¿Cuánto rato ha transcurrido ya? En todo caso, más de una hora y parece que ya no va a venir. Camino hacia la ventana y observo la calle. Va pasando estruendoso un camión militar. Al frente, un servicentro y hacia allá me quedo mirando no sé cuánto rato más. Y luego, ya no quiero esperar más. Voy a salir, le digo a la mujer.

Bueno, bueno, me dice.

Entonces, durante un buen rato, caminé sin sentido, de un lado a otro y más encima sin ni un cigarro al menos. Me detengo en una galería y busco dónde hacer una llamada, pero la moneda es muy grande para el agujero del teléfono público.

Señorita, por favor, le digo a la mujer de una tienda.

Y le enseñé la moneda. Y sin que le explique siquiera, extrañamente entiende lo que quiero, y me cambia.

Y ahora recuerdo que la mujer de la revista se parece a la mujer del taxibús, aquella desconfiada que se sentó a mi lado, y la mujer que me hizo el cambio parece dispuesta a conversar. Me sonrío con la franqueza que no posee con frecuencia el comerciante. Se da cuenta de mi turbación.

¿Qué le pasa?, me pregunta.

Nada, nada, le digo.

Y por debajo de los anteojos se me escurrieron unas lágrimas: estoy llorando de nuevo.

No me pasa nada, le dije. Y me alejé lo más rápido que pude. Me di cuenta que quiso hacer algo: llamarme tal vez, pero algo más triste aún la detuvo, y me dejó ir.

EL HOMBRE INVADIDO

Ya de noche, estaba demasiado cansado como para seguir caminando, y con el dinero que me conseguí en una esquina o que le hurté a alguien –no recuerdo bien–, me fui al bar de costumbre. La que quiero se encuentra allí también, me esperaba desde hacía un buen rato. Hasta que me acerqué a su lado.

Es pequeña, y es frágil. Es casi una niña. Y, sin embargo, es una fiera: una pantera.

Me sonrío: lujuriosa. Y entonces se para delante mío: graciosa, libre, esbelta. Y salimos para seguir una cuadra y otra, y otra más.

A ratos se da vueltas para ver si la sigo, y me gusta. Me gusta tal como es. Me gusta su vestido y su forma de caminar, su rostro y sus piernas, sus cabellos, sus ojos y, sobre todo, su boca.

Ella –por supuesto–, canceló la pieza.

Allí, se acercó a mí. Me cogió la mano y luego quiso besarme la boca, pero aparté la cara.

Las paredes desnudas y frías, todas de un solo y feo color. La tristeza hasta por los poros.

¿Qué te pasa? ¿Estás enojado?

No, le digo.

La música por los parlantes: John Secada, con un lamento de mierda. Las paredes hablan: escucho voces desde la pieza del lado: jadeos, quizás. Gritos, no sé.

Enciendo el televisor y una pareja intenta una extraña relación zoofílica. Lo apago.

¿Qué te pasa?

No sé.

Estás extraño.

Lo sé.

La música de nuevo: todavía está ese huevón del Secada. Su lamento y el mío. Los mensajes en la pared. Los jadeos cada vez más apurados desde la pieza del lado.

La mano de ella recorre mi rostro y desciende luego por mi camisa que se va abriendo hasta la cintura y desde allí, por encima de mi pantalón, el sexo.

Abre el cinturón y baja la cremallera. Entonces cae el pantalón, seguido de inmediato por mi prenda íntima. Toda su mano en mi sexo. Como una caricia apenas, al principio. Con desesperación, luego. Entretanto, puedo ver el lavamanos y la ducha, el televisor apagado y las declaraciones de amor pegadas a la pared.

Miré sus pechos colgando a través de la blusa semiabierta. A ratos –por supuesto-, veo parte de su cara y a ratos, sólo sus cabellos.

La música: ahora es Coccianté.

Y luego, de nuevo las paredes, y de nuevo son los jadeos de la pieza del lado e incluso, son los jadeos de esta mujer que, ahora sobre mí, recorre mi cuerpo, devorando todo. Tira mis cabellos y resbala con toda su piel sobre mi piel, con tanta desesperación. Y, no sé por qué mierda la apreté con fuerza, con tanta tanta fuerza y entonces, ay, mi Dios, estas lágrimas de nuevo.